

## **SOLEMNIDAD DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR**

**Catedral, 2016**

Concluimos las celebraciones del Triduo Pascual y de la Semana Santa con esta solemne eucaristía de pascua en la Resurrección del Señor. Durante estos días hemos podido meditar y contemplar los acontecimientos de la Pasión y muerte de Cristo y los personajes que participaron en ella. Todos nosotros, cada uno según su condición y experiencia religiosa, hemos vivido como pueblo astorgano el Misterio de la Pascua del Señor a cuya vivencia han contribuido en gran medida todas las Cofradías de penitencia de la ciudad. Agradezco a los hermanos cofrades y a las Juntas directivas de las Cofradías el trabajo, el esfuerzo y la dedicación que han hecho para que las procesiones no sólo fueran un espectáculo para la atracción del turismo, sino una invitación a vivir en Dios y con Dios que por nosotros los hombres y por nuestra salvación se entregó a la muerte y una muerte de Cruz.

Agradezco también el interés y la participación de las autoridades civiles y militares en los actos de la Semana Santa. Vuestra presencia nos honra y satisface a todos los católicos. Esta participación no supone una vulneración la aconfesionalidad del Estado, reconocida en la Constitución, pues no estáis presentes en los actos por vuestra condición de creyentes o privilegiando una religión frente a otras sino como representantes del pueblo del que también formamos parte los católicos. La aconfesionalidad no significa arreligiosidad sino respeto y colaboración mutua entre el Estado y las religiones para la consecución de la paz, la justicia y el bien común de los ciudadanos. Dicho esto, es necesario recordar también que ningún representante público debe sentirse obligado a participar en actos religiosos contra su conciencia.

Ninguno de los medios de comunicación social de Jerusalén dio la gran noticia de la resurrección de Jesús. Solamente una mujer, una mujer pecadora, liberada por Jesús de sus pecados, corrió a dar la noticia a los discípulos. María Magdalena no pudo retener para sí el gozo y la alegría de encontrar, primero el sepulcro vacío y después al mismo Maestro que la llama por su nombre y con su vos propia. María,

al reconocerlo, quiere retenerlo para que se quede junto a ella para siempre; pero Jesús no le deja porque todavía no ha subido al Padre.

A la alegría de María Magdalena se une a la alegría de Pedro y de Juan que corren hasta el sepulcro, la de Santiago y los apóstoles, reunidos en el cenáculo con las puertas cerradas por miedo a los judíos. A este gozo pascual se unirán los más de quinientos hermanos a los que Jesús se aparece según nos informa san Pablo en la primera carta a los Corintios. Pablo experimentará esta misma alegría al encontrarse con Jesús resucitado y glorioso camino de Damasco. Una alegría tan grande que todo lo demás lo considerará pérdida comparado “con la excelencia del conocimiento de Cristo... Por él, dice Pablo, lo perdí todo... para conocerlo a él y la fuerza de su resurrección y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos” (Fil 2, 8-11))

La resurrección de Cristo es fuente de una inmensa alegría para todos los hombres. Han sido y son muchos los hombres y mujeres a quienes a largo de la historia el encuentro con Cristo les llenó de alegría y vivieron en este mundo como ciudadanos del cielo.

También nosotros hemos experimentado, con mayor o menor fuerza, la alegría de sentirnos alcanzados por la fuerza de la resurrección de Cristo. El Señor resucitado trae para todos los hombres la misericordia, el perdón, el consuelo y la paz. Por el sacramento del bautismo nos hemos unido a la Pascua de Cristo porque hemos sido injertados en la vida de Cristo resucitado y, por tanto, participamos en Él de la condición de Hijos de Dios, el título más grande que un hombre puede tener sobre la tierra. Esta condición de hijos, nos ha hecho hermanos de los otros hijos de Dios y de todos los hombres, pues todo hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y está llamado a participar de la gloria de su resurrección.

Somos, por tanto, ya en la tierra, ciudadanos del cielo. San Pablo advierte a los colosenses “ya que habéis resucitado con Cristo buscad los bienes de allá arriba” (Col 3, 1). El cristiano, unido inseparablemente a Cristo tiene como misión colaborar con Cristo para hacer nuevas todas las cosas con la ayuda del Espíritu Santo. El Papa

Francisco dice en la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* 276. “La resurrección de Cristo no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable. Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto....Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia”

La fuerza de Cristo resucitado alienta nuestro caminar cada día, especialmente cuando caminamos por cañadas oscuras. En los momentos más duros es cuando más cerca experimentamos que el Buen Pastor está cerca, que su vara y su callado nos sosiegan. Conscientes de esta real presencia de Cristo en el mundo caminemos con esperanza, a pesar de las nubes de guerra, terrorismo, hambre, enfermedad, pobreza y corrupción que se ciernen sobre el mundo. La fuerza del amor de Cristo resucitado es más fuerte que el mal porque el mal ha sido vencido por la muerte y resurrección de Cristo y ya no tiene dominio absoluto sobre la humanidad.

La eucaristía es el alimento de los ciudadanos del cielo. Es el gran manjar espiritual que nos sostiene en la novedad de la Pascua de Cristo y en su amor. Participemos con alegría en esta eucaristía pascual para renovar en nosotros la gracia que hemos recibido en el bautismo y podamos contribuir a extender por todo el mundo el reino de la luz y de la paz que Cristo inauguró con su santa resurrección.